

cón y Tirso) experimento efectos muy semejantes. Hay obras de estos insignes dramaturgos, sobre todo comedias de enredo, que, respetando todo lo respetable, hoy parecen insufribles, lánguidas, hasta ñoñas. No cabe duda que á los espectadores del siglo XVII debieron de parecerles una delicia.

Volviendo á los viajes de la hermosa Talía, diré que en provincias se la suele recibir con los brazos abiertos. Hay sin embargo excepciones. Recuerdo que, en Marinada, se dió el caso de que llegasen á un tiempo, por Pascua, con sus respectivas *troupes*, la insigne Carolina Civili, el genial Rafael Calvo, y el director de una compañía acrobática, en la cual no faltaban micos amaestrados y caballos que bailaban la polca. El público desamparó por completo á la Civili y á Calvo; les dejó representar á solas *Sofronia* y *La vida es sueño*, y corrió á desternillarse de risa ante las gracias de la señorita Rubí, que era una mona, y la música excéntrica de Tonino ó Pepino, que era un payaso y tocaba playeras rascando una cazuela con un gancho de escarbar la lumbre. Y lo mejor de todo es que Marinada no es un pueblo refractario á la belleza dramática. Poco tiempo después del desaire á Calvo y la Civili, acogió hasta con devoción á Vico, á Mario, á la Mendoza Tenorio. Lo que pasa es que los pueblos son antojadizos, lunáticos, variables, igual que los individuos.

Otras veces sucede que las compañías dramáticas, al llegar á una capital de provincia, la encuentran en temporada de recato, ó de escrúpulos religiosos, ó de encogimiento de bolsillo..., y entonces la temporada se inicia desastrosamente. No es raro que el bolsillo arañe en la conciencia y proyecte sombras y prevenga reparos y suscite una gran severidad moral. Las señoras, muy carilargas, murmuran bajito que «no pueden» abonarse, porque esas obras del repertorio francés son un horror, un abismo de impurezas y de iniquidades, y no conviene que las niñas se enteren de que en el mundo acontecen tales abominaciones y se dan tales escándalos. «Iremos, si acaso, cuando anuncien alguna obra moral, ya conocida, como *La cruz del matrimonio...*» Tres meses después, á los actores que se marcharon renegando de su suerte y de tanta virtud, sustituyeron otros, que se instalan en un barracón y anuncian funciones por horas, costando cada hora un real ó treinta céntimos. El repertorio de esta compañía es — naturalmente — el festivo, con muchos ribetes colorados y verdes á la orilla de la falda. Y aquellas señoras recatadísimas, que se espantaron de *Mariana*, ó de *La dama de las camelias*, van á diario á «reirse un poco» escuchando retruécanos transparentes y presenciando escenillas alegres... de la alegría más subida y fresca.

¿Quién pide lógica á las colectividades? Sería como pedir peras al olmo. ¡A fe que somos lógicos nosotros mismos! Las contradicciones menudean en nuestros juicios y en nuestras acciones, sin que nos demos cuenta de ello.

La Talía emigrante toma varios rumbos. En Barcelona funda grandes esperanzas, porque donde hay dinero y gusto no puede faltar al artista aprobación y recompensa. También confía en Sevilla, en Málaga, en la opulenta Bilbao, en las comerciales Coruña y Santander, en Valencia, donde nunca se desmienten las aficiones literarias. Estos años se va infiltrando en la dramática un elemento nuevo — no tan nuevo, sin embargo, como parece, pues ya se había indicado, verbigracia, en *La payesa de Sarriá*, en *El patriarca del Turia*, y antes, en pleno romanticismo, en las escenas tan típicamente andaluzas de *Don Alvaro ó la fuerza del sino*. — Hablo del elemento regional, del que inspiró á Feliu y Codina *La Dolores*, *Miel de la Alcarria* y *María del Carmen*. No cabe duda que este elemento ofrece recursos pintorescos y da hecho, como si dijéramos, el vestuario y el decorado. *María del Carmen*, en este punto, es un acierto. Aquella campiña inundada de sol, abrasada, clara, refulgente; aquellos trajes de las mujeres y de algunos de los hombres, trajes completamente orientales, de colores ardientes, de blancuras deslumbradoras; aquellas lentejuelas, aquellos mazos de claveles, aquellas ligeras alpagatas; aquel emparrado, aquella merienda al aire libre..., todo contribuye al efecto del argumento y da á la pasión expresada y sentida con tal vehemencia una verosimilitud *climatológica*, metiéndonos por los ojos el medio ambiente del asunto. El de *María del Carmen* no se comprendería si le diésemos por fondo el valle sombrío y cubierto de verdor, la iglesuela románica, y el celaje nuboso y gris de una aldea del Noroeste.

Allá va la dama que encarnó á *María del Carmen*; allá va *Sancho Ortiz*; allá va el galán que creó á *Juan*

*José*; allá va *Doña Perfecta*, inseparable ya de la figura escueta y del tonillo meloso con que tan divinamente la caracteriza María Tubau; allá va Mario, el *Penitenciario* incomparable; allá el donoso Balaguer, allá todos los que de octubre á marzo no interrumpieron la faena de las tablas y vuelan ahora á proseguir su arduo trabajo, desparramándose por España, que ojalá les acoja amigablemente y premie sus esfuerzos...

Los que creen que la vida del actor es una serie de festivos lances y de gozosas expansiones, una vida de pájaro volando de rama en rama, ignoran que es en realidad una de las existencias más laboriosas, más sujetas al remo del trabajo, de cuantas forman la complicada mecánica social. El actor empieza su tarea por la mañana y no descansa hasta que da con su fatigado cuerpo en el lecho, á hora muy avanzada de la noche. Para él no hay días de fiesta, ni vacaciones, ni San Desestero, abogado y patrono de la pereza burocrática. Los domingos, el actor trabaja doble: á veces, entre la función de la tarde y la de la noche, sólo le queda tiempo para reparar las fuerzas con ligero tente en pie. La labor de los ensayos es realmente abrumadora: la de aprenderse los papeles de memoria no le va en zaga, pues la memoria, fresca y vivaz en los muchachos, en los adultos suele ser rehacia y dura. Hay tarde en que se ensayan sucesivamente dos ó tres obras; y mientras fuera brilla el sol y el aire primaveral refresca el alma, el actor yace sepultado en un recinto obscuro, alumbrado sólo por una candileja eléctrica, cuyo foco se pierde en las tinieblas del negro escenario y de la sala fantásticamente gris, pues no hay aspecto más raro y más triste que el de un teatro de día, apagadas las luces y desierto.

«Vivimos aquí como el minero en la mina,» me decía con gráfica exactitud un insigne actor.

Tal género de vida no parece á propósito para garantizar la longevidad, y sin embargo muchos de los más famosos y celebrados actores españoles han muerto de avanzada edad y conservado hasta los últimos años facultades para la escena. A Matilde Díez la hemos visto, con sus sesenta á cuarenta, personificar *La niña boba*. Mariano Fernández era más que setentón cuando nos deleitaba con sus chistes. De Valero y su larga vida, y la vitalidad que poseyó hasta el último instante para papeles tan terribles como los del protagonista en *Luis XI*, *La carcajada* y *La aldea de San Lorenzo*, no hay para qué hablar, pues no lo habrá olvidado nadie: era ayer cuando el gran actor nos asombraba; su *Luis XI* no tenía por qué rendir el pabellón al de Novelli, con ser éste uno de los mayores triunfos del cómic italiano.

Hoy sólo él queda en Madrid representante de Talía. Va á cerrarse el Real, después de una temporada de inauditos esfuerzos y alternativas penosas, y Novelli hereda el brillante auditorio de la Opera y el de los lunes y viernes clásicos del Español. Hace pocos días he recibido un largo artículo manuscrito, cuyo fin era demostrarme que no era exacto que los españoles formemos parte de la raza latina; y á la verdad, si tal convencimiento se me impusiese, lo echarían abajo las venidas de actores italianos, portugueses y franceses, que representan aquí como en su casa. Mientras no den en acudir á distraernos los actores ingleses, noruegos, rusos, dinamarqueses, suecos y polacos, no creeré que hayamos dejado de pertenecer á la raza latina. No son únicamente los actores; es el teatro de las razas eslava, sajona y germánica el que no consigue cruzar nuestra frontera. Los ensayos de aclimatación de Ibsen han fracasado; veremos qué suerte corren Südermann y otros de su misma laya cuando les llegue la vez. Hay una especie de muro, una cortina que se interpone: nuestra alma y el alma del Norte no acaban de comprenderse. Quizás algún malicioso insinúe que lo que no comprendemos son los idiomas inglés, ruso, etc. Tendrá razón; pero todo es lo mismo, y por algo el italiano y el francés parecen más inteligibles hasta á los mismos españoles que los ignoran. No son sólo diferencias de radicales, de construcción y pronunciación las que encontraríamos en los idiomas del Norte: es que es preciso tener la garganta formada de otra manera para emitir esos sonidos que la nuestra se resiste á tolerar, que nos escorian y raspan la laringe. Al que no entienda el habla de Novelli (y rudos serán los que no la entiendan, porque Novelli articula de un modo perfecto) le basta la música, la inflexión, el acento. La oportunidad de los aplausos demuestra que el público se entera bien.

Tan culto espectáculo empieza al mismo tiempo que las corridas de toros. De éstas, y de las lindezas que acerca de ellas nos dicen en los Estados Unidos, algo se tratará en las venideras crónicas.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

TALÍA TRASHUMANTE

Al acercarse los días oficialmente tristes de la Pasión, hay una Musa que saca del guardarropa el *ulster*, el neceser de cuero de Rusia con chirimbolos de plata y cristal, el *plaid* escocés y la microscópica almohadita de pluma para la cabeza; y mientras la camarera cierra el gran baúl de cuero y mimbre, asómase al balcón reprimiendo á duras penas la impaciencia, el ansia de nuevos horizontes — porque esa Musa tiene temperamento de ave emigrante, y como la blanquinegra golondrina, necesita otros aires, otros cielos, otra luz, — y cree escuchar ya el hondo ruido de la ovación clamorosa que la acoge y la despide, el trueno del aplauso que la arrulla mil veces mejor que la música más dulce...

Desde los tiempos de las farsas, élogos, entremeses y villancicos; desde que la carreta de las *cortes de la Muerte* ascendía por los polvorientos senderos de Castilla y de la Mancha, Talía es trashumante. Talía viaja como viajan todos los que llevan y esparcen alguna *buena nueva* de religión ó de arte, que también es una gran *religión* humana (en el sentido de unión, de asociación que tiene la palabra *religio*). La belleza literaria y la emoción dramática que paladeó en invierno la capital, en primavera la gustan las provincias, y su juicio enmienda ó confirma el de Madrid. El provinciano (¡cuántas veces me ha sucedido esto que describo ahora!), durante las largas noches del invierno, entretiene la tediosa velada leyendo los periódicos donde se reseñan los estrenos. Con la imaginación adivina el recinto iluminado, los palcos atestados, las butacas sin una mella, el paraíso hormigueando, la atmósfera vibrante, las discusiones de los entreactos y el silencio religioso del momento en que sube el telón. ¡Cómo le gustaría estar allí! ¡Qué de incertidumbres al comparar artículos con artículos, críticas con críticas, al ver que el uno ensalza lo que el otro deprime, que éste pone en las nubes la tesis por aquél declarada absurda, que mientras hay quien envuelve en bocanadas de incienso la situación culminante del segundo acto, no falta quien la eche por los suelos y la declare inverosímil, violenta y efectista! ¡Qué curiosidad intelectual suscita la discusión de una obra de arte dramático! El provinciano bien puede comprarla en la librería y leerla á solas; pero ¿qué idea se formará así? ¿Qué es una comedia despojada de su aparato escénico, sin decoraciones, sin trajes, sin la magia del acento y del *juego* de la actriz, sin el grito de la pasión y sin el retoque gracioso de la malicia y de la risa? Eterno problema, mil veces planteado. El teatro ¿es literatura á secas, ó es literatura auxiliada imprescindiblemente por la representación, el decorado y los trajes? Yo aquí no he de apurar esta cuestión; sólo he de consignar un hecho. Y es que dramas y comedias que entusiasman al estrenarse y siguen electrizando al público mucho tiempo después; dramas y comedias que á mí misma me encantaron en el teatro, apenas me hubiesen conmovido á la lectura. Y al releer las comedias de Lope, Calderón, Moreto y Rojas (no tanto las de Alar-